

graves sucesos políticos ocurridos en aquel año en Nueva España movieron a la ilustrada religiosa a renunciar a todo contacto con el mundo y a entregar cuanto poseía —incluso su espléndida biblioteca y sus instrumentos musicales que constituían su delicia— para venderlo y entregar su valor a los necesitados. Asaltada por una fiebre ascética, al sacrificio intelectual siguió el físico, empezando a flagelarse, mortificarse y ayunar hasta poner en grave peligro su salud.

En la primavera de 1695 la peste asoló a Méjico y llegó hasta el monasterio jerónimo, donde atacó a casi todas las monjas. Sor Juana Inés de la Cruz, con la mayor abnegación, se dedicó al cuidado de sus hermanas hasta que se contagió de la terrible dolencia, que le abrió los brazos de la tierra madre el

17 de abril. Como dice Menéndez y Pelayo, «su muerte fué corona de su vida».

Llamada por sus paisanos y contemporáneos «fénix de los poetas», «fénix de Méjico», «décima Musa» y otras cosas expresivas de la general admiración que provocaban sus obras exquisitas, Sor Juana Inés de la Cruz fué uno de los más singulares ingenios femeninos que ha conocido el mundo. Y si no consiguió alcanzar el deslumbrador prestigio de santidad de Sor María de Agreda o la serena dulzura del apartamiento de otra poetisa y religiosa de su tiempo —la hija de Lope de Vega, Sor Marcela de San Félix, profesa en la rigurosa clausura de las Trinitarias de Madrid—, es indudable que con ambas forma el más glorioso trío femenino del barroco literario de España.

